

Heme aquí entre vosotros y para vosotros, amados hermanos míos, amadísimos que sois de ese Padre y objeto constante de su consideración, de su amor sin límites, de su mirada tierna y orgullosa de vuestros avances, de vuestras victorias, de cuanto se es fundando en su grandeza de espíritu y en esa calidad humana que tenéis, con la que habéis sido dotados para llevar a cabo cuanto es menester, para reintegraros a vuestras misiones cada día, cada alba como es menester, a ese ejército de amor del que sois formando parte, a esas huestes victoriosas que comandara Jesús, el Divino Pastor, el rescatador de sus ovejas, que con sangre propia defendiera de las fauces del león y sois así entonces, como el más tierno parvulillo que de pronto se engrandece a través de conocimientos insospechados, para demostrar a su Maestro que es acrecentando a cabalidad cuanto en ejemplo ha recibido, cuanto ha sido menester llevar para adquirir el conocimiento necesario, no importando para ellos largas horas de vigilia, la incertidumbre de vuestro corazón, que solo lo sentís a veces y apunto de haceros desfallecer, mas os digo que esa llama de esperanza viva, que en vosotros permanece encendida como lámpara votiva, es la que a su vez alimentará vuestra fe y le dará ese calor, ese arropamiento que se le da a un pequeño y habéis de seguir los pasos del Maestro y habréis de levantar de vuestra calza cuantas veces os llame, os necesite, porque en este mundo vuestro, tan ajeno a las virtudes diversas que deben aplicarse y que cada vez se valoran menos, seréis vosotros levantando esa bandera de vuestra propia fe y al ejemplo de Jesús, seguiréis adelante con vuestras sandalias rotas, con vuestra vestimenta hecha jirones por los cardos que encontraréis al pasar, pero siempre, con un corazón envuelto en la bondad sin límites que mi Padre os depositara, para que permanezca incólume. TOBÍAS

Porque a vosotros os corresponde seguir de los pasos de Jesús, seguid el avance que al Maestro le agrada, porque recordad, que cada paso acorta la distancia que os separa de Él, de su grandeza y así como se anhela tener al hijo ausente, al vástago que tiempo ha se ha marchado, de igual manera Él os anhela para que retornéis graduados, enaltecidos, no por la soberbia de vuestros errores, sino por el cúmulo de virtudes que habéis sabido atesorar a lo largo de vuestro aprendizaje y es así que el Maestro os espera, os desea con honores al que recién llegando llega cargado de diplomas, de medallas honoríficas, mas no precisamente aquellas que la vanidad humana le confiere, sino las mas bellas, las más brillantes, las de brillo imperecedero que le hagan brillar por merecimiento propio, las del verdadero amor a Jesús, manifestado a través de sus semejantes. ABRAHAM